

Revista de

CIENCIAS SOCIALES & HUMANIDADES

AÑO 1 / N° 1

Vicerrectoría Académica

Universidad Pedagógica de El Salvador, Dr. Luis Alonso Aparicio

CONSTRUYENDO IDENTIDADES DESDE LA MATERIALIDAD Y LA COTIDIANIDAD:

**un acercamiento a la producción férrica
en Metapán, Santa Ana, El Salvador**

BUILDING IDENTITIES

FROM MATERIALITY AND EVERYDAY LIFE:

an approach to iron production

in Metapán, Santa Ana, El Salvador

José Orión Castellón Frech

Universidad Tecnológica de El Salvador

orionfrech.oc@gmail.com

pp. 66 - 98

Recibido: 14-03-2022 Aceptado: 30-03-2022

RESUMEN

El presente artículo forma parte del resultado obtenido durante la ejecución de una investigación de tesis de licenciatura en arqueología, la cual tenía como principal propósito indagar en la actividad siderúrgica en el sureste del entonces Reino de Guatemala, particularmente en la histórica región de Metapas del Fierro. A partir de ello, identificar el proceso de construcción de una identidad histórica-regional. Se establecieron tres objetivos fundamentales: desarrollar una secuencia sociocultural a través del registro histórico, identificar los métodos y técnicas de explotación férrea y definir la incidencia histórica del hierro en torno a una identidad local.

Compuesta por un método exploratorio y de tipo cualitativo, un modelo teórico documental, construido por tres fases: investigación bibliográfica, aplicabilidad teórica e interpretación historiográfica, obteniendo así un amplio panorama de la evolución sociocultural de la práctica en la región.

PALABRAS CLAVE: Cotidianidad, materialidad, historia, identidad, siderurgia, Metapas.

ABSTRACT

The present article, is part of the result obtained during the execution of an undergraduate thesis research in archaeology, which had as main purpose to investigate the iron and steel activity in the southeast of the then Kingdom of Guatemala, particularly in the historic region of Metapas del Fierro. From this, to identify the process of construction of a historical-regional identity. Three fundamental objectives were established: to develop a socio-cultural sequence through the historical record, to identify the methods and techniques of iron exploitation and to define the historical incidence of iron around a local identity.

Composed by an exploratory and qualitative method, a documentary theoretical model, built by three phases: bibliographic research, theoretical applicability and historiographic interpretation, thus obtaining a broad panorama of the sociocultural evolution of the practice in the region.

KEY WORDS: Daily life, materiality, history, identity, iron and steel industry, Metapas.

Introducción

A lo largo de la historia, el hierro ha desempeñado un papel fundamental dentro de la dinámica sociocultural del ser humano. Su valor utilitario le ha permitido posicionarse como uno de los elementos indispensables dentro de prácticas de distinta índole (Barba, 1940). En Centroamérica, la aplicación de técnicas relacionadas con la metalurgia cobró auge a partir del siglo XVI, con la conquista europea. Sin embargo, el desarrollo siderúrgico en la región estuvo condicionado por factores ambientales y económicos, como el poco interés por el desarrollo de la colonial Audiencia de Guatemala, así como las imposiciones relacionadas a la adquisición del hierro de importación. Empero, a partir del siglo XVII y XVIII, esta situación cambió con el hallazgo de vetas y la explotación de hierro, particularmente en el sureste de la Audiencia o Reino de Guatemala: Chiantla, Escuintla y Metapas del Fierro (actual Metapán, en El Salvador). El popularmente conocido «hierro de la tierra», no solamente desempeñó un papel esencial dentro del ámbito comercial y político, sino también dentro de la configuración de la estructura sociocultural de la era colonial, en la cual el hierro era un elemento fundamental para la vida cotidiana (Erquicia Cruz, J. H., 2011, p. 285).

Existieron tres factores indispensables para la ejecución de una debida explotación del hierro en la Audiencia de Guatemala: fuerza laboral o mano de obra, conocimiento de métodos y técnicas, y disponibilidad de materia prima. La identificación de territorios que cumplieran los estándares requeridos, resultó ser primordial. La composición demográfica desempeñó un papel fundamental. Con el siglo XVIII, la integración de indígenas, mestizos, europeos, africanos (principalmente mulatos), permitió a las regiones consolidarse con la participación de redes comerciales, integradas por artesanos, comerciantes, transportistas y hacendados (Fernández, 1996; Fernández, 2005).

Metapas del Fierro destacó en la diversificación de prácticas agrícolas, ganaderas y mineras, desde el siglo XVII hasta incluso el siglo XIX. Su prometedor orografía fomentó el interés de una gran cantidad de extranjeros, particularmente europeos peninsulares que perseguían la obtención de un ascenso socioeconómico, así como de ladinos o mulatos que viajaron de otras regiones (Fernández Molina, 2005; Erquicia Cruz, 2012).

El auge de la región estuvo determinado por factores internos y externos, desde la incorporación de elementos férricos en actividades laborales como el cultivo del xiquilite y tratamiento del añil, hasta el incremento de la dinámica productiva y comercial del azúcar, la ganadería y la construcción, entre otros. A nivel externo, sucesos de gran envergadura como la interrupción y cese del comercio transatlántico a causa de las guerras napoleónicas incidieron favorablemente en el éxito del comercio del hierro de la tierra (Fernández Molina, 2005, p. 121; Erquicia Cruz, 2011, 285).

El afloramiento de ingenios de hierro permitió su establecimiento dentro del extenso y productivo monopolio centroamericano. Diversas fuentes históricas refieren dicho ciclo de productividad férrica para la región. A partir de ahí, es importante comprender cómo se construyó la identidad histórica de Metapas del Fierro (Fernández Molina, 2005, p. 90).

La presente investigación, permite esclarecer una serie de aspectos relacionados con la construcción de una identidad histórica en la antigua región de Metapas del fierro, a partir de una dinámica social, cultural, económica y política, en torno a la actividad siderúrgica en la región, estructurando un amplio panorama visto desde el lente de la arqueología histórica y utilizando como principal referente los acervos históricos.

Metodología aplicada

La presente investigación posee un carácter exploratorio, ejecutada a partir de un análisis metodológico de tipo cualitativo, compuesta por un modelo teórico-documental, debido a la procedencia de los datos analizados.

El análisis de los datos históricos obtenidos se desarrolló por medio de un método exploratorio de carácter documental con el propósito de elaborar una cronología de sucesos históricos fundamentales para el desarrollo de la práctica siderúrgica en el actual territorio de Metapán. De igual manera, el enfoque teórico de la cotidianidad y materialidad permitió una comprensión certera de la realidad estudiada, a partir de acontecimientos fundamentales, definidos por una constante dinámica sociocultural, fomentada por el desarrollo social, político, económico y comercial de una nascente sociedad durante la época colonial, previo a la

independencia del entonces *Reyno de Guatemala*, cuyos sucesos propiciaron la cimentación de una identidad histórica.

Cotidianidad

La conceptualización de «cotidianidad», permite abordar un fenómeno social, estudiado debido a su aplicabilidad, como una de las posturas conformadas por un método documental e interpretativo de los sucesos históricos ocurridos alrededor de la producción siderúrgica en el actual territorio salvadoreño y a la consolidación de una identidad metapaneca durante el siglo XVIII.

En el caso de los contextos arqueológicos, los cambios cotidianos en los sitios productivos y residenciales pueden ser estudiados científicamente con el propósito de indagar en la productividad material y las manifestaciones culturales como resultado de una configuración cognitiva, dictaminada por una estructura social en una temporalidad específica.

Las expresiones materiales y la documentación histórica son el principal objeto de estudio para comprender el funcionamiento sociocultural, dictaminado por hábitos, implícito en actividades cotidianas mediante una acción o labor particular.

La cotidianidad es una teoría de suma importancia para la historia del desarrollo multidisciplinario de la sociología. Esta misma, incorpora diversas disciplinas científicas como la psicología, antropología y filosofía, con el propósito de facilitar una comprensión y justificación de los fenómenos sociales, vistos desde una estructura social, cuya incidencia dictamina el comportamiento humano, de acuerdo con una realidad específica, con base a una dialéctica entre cada individuo involucrados en las instituciones que conforma a la sociedad, construyendo al ser mismo de acuerdo con esferas de pensamiento (Goffman, 1959, p. 13).

Para Goffman (1959), la cotidianidad, permite vislumbrar aquellos aspectos de suma relevancia, los «aspectos más rutinarios de las nuestras interacciones» (p. 27), tomando en cuenta, el resultado de aquella sucesión de prácticas habituales dentro de una espacialidad y temporalidad.

Esta teoría busca justificar el comportamiento humano y la respuesta de cada uno de los fenómenos que atañen al individuo, a través de problemáticas sociales concretas. *Los «hábitos» hacen del mismo, un integrante más de la sociedad* (Goffman, 1959, p. 45).

Agnes Heller (1970), conceptualiza a la cotidianidad como la formación del hombre y su mundo, por medio de un mundo en particular y una ontología, y a su vez infiere un «ambiente inmediato» (p. 30), con atributos como una capacidad adaptativa, cuando el individuo adopta un comportamiento y lo transmite de manera transicional y colectiva. Heller (1970), parte de valoraciones teóricas sociológicas, principalmente abordadas desde una perspectiva Marxiana, con relación a planteamientos teóricos como la dialéctica y el estructuralismo.

La cotidianidad consta de un enfoque holístico, ontológico y epistemológico acerca de la construcción de una sociedad, tras la dinámica y el rol que desempeñan cada una de las instituciones que la componen; sin embargo, no deja a un lado aquellos factores fenomenológicos, y asimismo un aspecto objetivo, regido por «instintos sociales» (Heller, 1970, p. 28).

En un sentido más amplio, la cotidianidad es entendida como «[...] el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social» (Heller, 1970, p. 28).

Heller (1970), propone que, dentro de la vida cotidiana de cada uno de los seres humanos, son escasas las actividades que estos tienen en común, éstas únicamente muestran semejanzas, identificadas como «idénticas en un plano muy abstracto» (Heller, 1970, p. 25).

Dentro de cada sociedad, se encuentra implícita una vida cotidiana, y dentro de esta misma se ven involucrados una serie de actores, entendidos como «individuo»; sin embargo, es preciso destacar la diferencia entre «hombre particular» y «mundo», asimismo los criterios que lo definen están arraigados a una naturaleza.

Para Heller, dicha conceptualización es manifestada de la siguiente manera:

El hombre sólo puede reproducirse en la medida en que desarrolla una función en la sociedad. La auto-reproducción es,

por consiguiente, un momento de la reproducción de la sociedad. Por lo tanto, la vida cotidiana de los hombres nos proporciona, al nivel de los individuos particulares y en términos muy generales, una imagen de la reproducción de la sociedad respectiva, de los estratos de esta sociedad. Nos proporciona, por una parte, una imagen de la socialización de la naturaleza y, por otra, el grado y el modo de su humanización (Heller, 1970, p. 26).

Hombre particular: el concepto de «Hombre Particular», alude al individuo como tal, es decir, aquel concepto que toma en cuenta todos aquellos aspectos que componen al mismo, bajo una ontología, un aspecto metafísico que lo compone. El resultado de un conjunto de conocimientos e interés, repercute en su formación independiente a la sociedad, entendidos como “intereses exclusivos que hacen de él, un ser excepcional bajo la conceptualización de particularidad y descomposición del mundo exterior” (Heller, 1970, p. 34).

Mundo: esferas de pensamiento conformadas por aquellos intereses que involucran a los individuos de una sociedad. Entendiéndose como la “conformación de pensamientos o ideales, concebidos por instituciones e intereses comunes que consolidan y segmentan a los grupos sociales” (Heller, 1970, p. 35).

Por otra parte, Mauro Wolf (1979), involucra criterios asociados a otras ciencias como la economía, historia, etnohistoria, psicología y antropología, aludiendo a las causas sociales y culturales que inciden en el comportamiento y desarrollo humano dentro de un determinado grupo social (Wolf, 1979, p. 21).

E. Goffman (1959), considera que, la cotidianidad describe de manera exhaustiva, todas aquellas reglas que en una determinada temporalidad dictaminaron el comportamiento, la dinámica e interacción sociocultural (Wolf, 1979, p. 22). La cotidianidad resulta ser el factor regulador de las relaciones sociales entre los individuos de una sociedad, ya que profundiza en aspectos aparentemente «irrelevantes» de las interacciones, y, asimismo enfocarse en el «desinterés por la realidad de las estructuras que fundamentan a la sociedad», estudiando la interacción estructural como una unidad primordial de la vida social (Wolf, 1979, p. 22).

El interés por aspectos «minúsculos» de una sociedad son el principal objeto de estudio de la cotidianidad. Las situaciones sociales concretas dentro de realidades «tan sólidas», tal y como sucede con las instituciones, cuya labor es regular el comportamiento, fundamentado por un pensamiento conducido por elementos normativos, entendidos como «apariencias normales», adjudicados a una «normalidad constituida» (Wolf, 1979, p. 24).

Según Wolf (1979), la cotidianidad es entendida tras un orden social, del «[...] funcionamiento de lo obvio, de lo que se realiza automáticamente en las relaciones sociales, de la rutina, de lo que ‘naturalmente es así’» (Wolf, 1979, p. 22).

Para Puyana y Barreto (1994), la historia de la vida puede ser traducida a través de aspectos sustanciales como «símbolos, gestos, manifestaciones o cualquier otra expresión humana que demuestre la permanente interacción entre la estricta relación de la historia social y la historia personal» (Puyana y Barreto, 1994).

Uscatescu Barrón (2001), considera que se basa en «acciones rutinarias» que ocurren con frecuencia, las cuales están implícitas en la vida diaria del ser humano, en torno a esferas sociales compartidas entre sí y el medio. Uscatescu Barrón (2001), continúa y conceptualiza lo cotidiano como «[...] la índole de lo que acontece todos los días desde el nacimiento hasta la muerte» (Uscatescu Barrón, 2001, p. 212).

Gonzalbo Aizpuru (2006), se enfoca más en aquellos aspectos simbólicos que repercuten en la realidad social, con base a una configuración cognitiva del individuo, cuyo resultado es perceptible en la adopción de costumbres. Su principal finalidad es comprender cómo es el mundo a partir de los criterios ontológicos y epistemológicos de una sociedad, permiten «[...] situar la historia de la vida cotidiana dentro de un marco general en el que la historia social y la historia cultural son el referente obligado» (Gonzalbo Aizpuru, 2006, p. 19).

Henri Lefévre, propone que la vida cotidiana, es ese espacio en donde convergen el individuo, la naturaleza y la sociedad, al mediar entre sí, se tergiversan para ejecutar la configuración de esferas socioculturales, dictaminadas por hábitos y costumbres dentro de un entorno, con el fin

de atender necesidades acopladas a una temporalidad específica (Henri Lefévre, 1987. Tomado de Medina, 2009, p. 131).

Lo propuesto por Heller (1970), y Lefévre (1987), permite concretar la conceptualización de la corriente teórica, adjudicando así que: «La vida cotidiana es el conjunto de las actividades que caracterizan las reproducciones particulares creadoras de la posibilidad global y permanente de la reproducción social» (Medina, 2009, p. 131).

Lefévre (1987), caracteriza a la cotidianidad como una «realidad social». Mientras que la conceptualización de Heller (1970), gira dentro de un ambiente predominantemente ontológico; sin embargo; ambos coinciden en la consideración acerca del ser humano como el resultado de la incorporación de elementos que construyen su entorno, y a partir de una descomposición práctica de las incidencias y los factores de su formación se permite identificar todos aquellos aspectos que repercuten en su estructura, tanto social como ontológica perceptible en prácticas habituales (Santos Herceg, 2014, p. 176).

Pierre Bourdieu plantea la teoría del como *habitus*, ya que es concebida como la historia humana transcrita a lo largo del tiempo, tras comportamientos y acciones frecuentes que moldean al humano y lo adecúan a una determinada realidad, interiorizando la estructura del mundo social, erigiendo una especie de plano mental manifestado ante una situación (Chartier y Bourdieu, 2011, p. 69).

El *habitus*, permite la canalización de ideas y un análisis a favor de la configuración estructural del ser humano, y las incidencias de la sociedad sobre este mismo, manifestado por un comportamiento ideal, que recae en las «esferas de pensamiento» (Chartier y Bourdieu, 2011, p. 69).

A grandes rasgos, para Bourdieu (2011), la teoría del *habitus* es definida de la siguiente manera:

Es un debate muy complejo, pero la noción de *habitus* tiene varias virtudes: es importante para recordarnos que los agentes tienen una historia, que son el producto de una historia personal, de una educación de una historia colectiva y que las categorías de pensamiento, las categorías de entendimiento, los esquemas de percepción, los sistemas de valores, etc., son el

producto de la incorporación de estructuras sociales (Chartier y Bourdieu, 2011, p. 70).

De acuerdo con Santo Herceg (2014), el concepto de «cotidianidad» posee un carácter polisémico, tanto en su manifestación socio-cognitiva, como en su interpretación como un elemento teórico de estudio. No obstante, es preciso destacar que, su relevancia no permanece estática, sino más bien dinámica. Esta misma valoración polisémica cobra importancia al facilitar la comprensión de una realidad, por medio de la descomposición social y cultural de una realidad común, tanto en el pasado como en el presente y la consecuencia de ello en la estructuración cognitiva del humano, más que un concepto de «rutina» (Santos Herceg, 2014, p. 175).

Con base a lo anteriormente expuesto, es importante destacar la relevancia de la teoría de la cotidianidad aplicada en la arqueología, ya que permite vincular los objetos, los contextos, la cultura material y una serie de elementos tangibles, cuya función es manifestar lo acontecido durante un *statu quo*, entendiéndose como «elementos canalizadores de pensamiento» (Trejo Rivera, 2019, p. 48).

En la histórica Nueva España, la cotidianidad es un tema que ha permitido el estudio de aquellos elementos implícitos en la realidad con un trasfondo político, económico, social y cultural, de sumo interés para dilucidar una diversidad de aspectos fundamentales que configuraron la realidad colonial y novohispana *per se*, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, en su *statu quo*, por lo que, son tomados en cuenta aquellos aspectos que pasaron por desapercibido durante la época, precisamente por tratarse de algo «común y corriente» (Gonzalbo Aizpuru, 2009, p. 12).

Materialidad

Para Acuto y Salvi (2005), la arqueología es una ciencia que ha permitido reconstruir un pasado común. Dentro de un amplio marco histórico, la arqueología por medio del estudio de la *cultura material*, permite dilucidar la dinámica sociocultural y el desarrollo cognitivo a lo largo de la historia, a través de una serie de manifestaciones, elementos u objetos que favorecieron la evolución del individuo, tanto de manera individual, como colectiva.

Con base a lo anterior, es preciso argumentar acerca de la esencialidad de la arqueología dentro de las ciencias sociales. Su capacidad de estudio en la materialización y lectura de los objetos con base a un criterio social y cultural (Acuto, 2005, p. 11).

Las causas y repercusiones del desarrollo, vistas desde una teorización sobre el mundo de los objetos y la adhesión de un determinado orden, permite establecer una homogeneización entre la diacronía y sincronía, relacionada con la dinámica social y la constante producción y reproducción de modelos estructurales históricamente establecidos (Acuto, 2005, p. 11).

La «materialidad», es una perspectiva que desempeña un rol fundamental en la arqueología. Según Bjørnar Olsen (2012), la arqueología es la «disciplina de las cosas» (Bjørnar Olsen, 2012. Tomado de Ruibal y Vila, 2018, p. 15). Centra su estudio en el mundo material para analizar aspectos que son indispensables para comprender un *statu quo*.

Respecto a ello, Vaquer (2012), considera que la materialidad muestra una relación entre el individuo y los objetos, mediado por un proceso histórico, el cual está en un constante dinamismo de acuerdo con una realidad específica. Asimismo, ella alude a la materialidad, como el reflejo de la producción y reproducción de una sociedad, configurada a partir de las prácticas habituales entre los agentes culturales, quienes por medio de una constante dialéctica, ejecutan la construcción identitaria del objeto, y de manera recíproca, con una realidad específica (p. 19).

Vaquer (2012), continúa y considera que, la materialidad debe de ser analizada desde una perspectiva semiótica, ya que es fundamental interpretar las relaciones entre los individuos y los objetos o el conjunto material. Por ende, sostiene que los agentes sociales y la cultura material, están completamente ligados por un criterio simbólico, de acuerdo con un «principio de origen» (Vaquer, 2012 , pp. 19-20).

La semiótica brinda los métodos suficientes para facilitar la comprensión de la materialidad como una teoría social, ya que está implícita en una realidad determinada y así, propicia la lectura sociocultural en un determinado tiempo y espacio. Esta, facilita un análisis de cómo el material es un factor mediático entre la cultura material y la dialéctica humana, debido a la interacción recíproca existente entre los individuos o integrantes de una sociedad (Vaquer, 2012, p. 20).

Para Miller (2005), la materialidad debe de ser entendida a partir del concepto de «objetivación», considerándolo como «[...] un proceso en el tiempo por el cual el hecho de crear formas materiales crea consciencia o capacidad, y por lo tanto transforma a la forma y a la consciencia» (Miller, 2005. Tomado de Vaquer, 2012. p. 20).

Ahondando más en ello, Keane (2005), considera que la semiótica es la manera ideal para comprender la configuración de la cultura material, debido a la conjunción de simbolismos que conforman a un objeto. Él plantea que, los contextos son dictaminados por una condición concreta, por ende, son esenciales para determinar las «posibilidades de significación *per se*» (Keane, 2005. Tomado de Vaquer, 2012. p. 20).

La cultura material está ligada a los cambios históricos, a procesos formativos de una determinada región. Es preciso ahondar en su valoración simbólica con base a una respectiva diacronía y sincronía para establecer analogías en comparación con la evolución social. Su absoluta e interminable relación con el tiempo, el espacio y la cognitividad, hace de la cultura material, un «elemento canalizador que brinda una lectura histórica» (Ruibal y Vila, 2018, p. 16).

Desde el marco histórico social, la cultura material cobra un sentido propio al momento de formular un análisis sobre las repercusiones de los objetos en la historia dentro de una sociedad, siendo incorporado en diversas esferas de pensamiento de medio de hábitos conductuales o prácticas cotidianas de uno o más individuos, originándose en la estructura cognitiva del ser humano (Ruibal y Vila, 2018, pp. 16-17).

Los objetos o la cultura material, también adquieren un sentido de propiedad, el cual alude a un determinado contexto, de acuerdo con el desarrollo o transformación de los espacios. Estos mismos, a su vez, están configurados por conglomerados. Por ende, el paisaje cultural desempeña un papel importante con respecto a la consolidación simbólica del objeto. Para Perea (2013), la materialidad debe de ser entendida como las entidades físicas, pero no exclusivas de las acciones humanas, sino como el conjunto de elementos incorporados en su ontología tras la dinamización sociocultural de conglomerados (p. 776).

Sevillano Perea (2013), alude a la materialidad como el mutuo reforzamiento que practican una diversidad de elementos con una debida

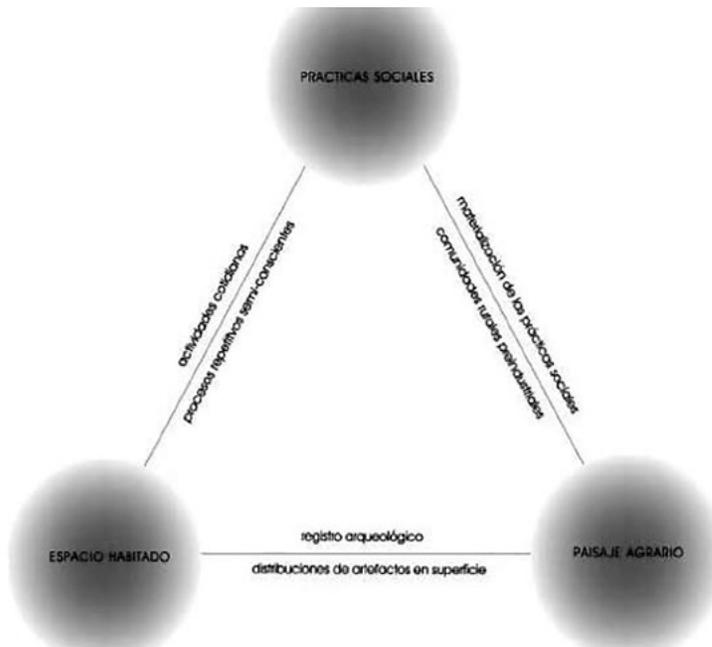
propiedad física, en donde además conforman al medio ambiente y todas aquellas actividades sociales que conllevan a su génesis (p. 776).

De acuerdo con ello, es importante precisar en la incidencia que tiene la «materialidad con respecto a su significancia en el registro arqueológico, concediendo a sus propiedades físicas, un significado de sociedad y cultura» (Sevillano Perea, 2013, pp. 776-777).

Perea (2013), esquematiza un ciclo y la relación establecida por cada uno de los factores que inciden en la materialidad. Consta de un ciclo, tras una interacción entre las causas y consecuencias, y referente a la consolidación y significancia de la materialidad, concluye en que el conjunto de elementos que conllevan a una significancia está definido por el espacio habitado, las prácticas sociales de carácter cotidiano y el paisaje (p. 779). (Ver figura 1).

Figura 1

Esquemización de los factores que inciden en la formación de la «materialidad»



Nota. Adaptado de *Paisaje y Materialidad. Lo cotidiano en las sociedades agrarias preindustriales*, por L. A. Sevillano Perea, 2013.

Cardona Machado (2016), claramente refiere a una materialidad ligada con una identidad, por lo que, él considera que, para formular un análisis adecuado acerca de la incidencia que llega a tener en la formación cognitiva del individuo, es preciso considerar el abordaje de temas como la identidad y el patrimonio, debido al ejercicio dialéctico, implícito en las relaciones sociales, las cuales tienen un trasfondo histórico, y su *statu quo* se convierte en un pasado común (Cardona Machado, 2016, p. 43).

Cardona Machado (2016), sostiene lo propuesto por L. Smith (2001), quien considera el origen y significancia de la materialidad como «Una representación subjetiva, en la que identificamos valores, la memoria y los significados culturales y sociales que nos ayudan a dar sentido al presente, a nuestras identidades, y nos dan una sensación de lugar físico y social [...]» (Smith, 2011, pp. 45-46. Citado por Cardona Machado, 2016, p. 51).

A partir de ello, la materialidad puede ser entendida como el resultado de un bagaje histórico, el cual está segmentado por aspectos fundamentales como analogías entre criterios sociales, culturales y principalmente simbólicos, de acuerdo con una región o espacio determinado (Smith, 2011, pp. 45-46. Citado por Cardona Machado, 2016, p. 51). La adopción de un valor como bien cultural patrimonial, parte de consideraciones objetivas y subjetivas, de manera que, los elementos conjugan diversos aspectos de la realidad humana. Por ende, su relevancia trascendental reside en la significancia material, no solo por un valor utilitario, sino más bien histórico.

En torno a un marco histórico, la materialidad cobra sentido al precisar en la delimitación temporal. Tal es el caso de la producción férrea durante el periodo Colonial dentro de la zona oriente del entonces Reino de Guatemala, específicamente en el actual territorio de El Salvador, en la histórica región de Metapas del Hierro, debido a su significativa explotación mineral y producción férrea, adoptando así un valor utilitario, sociocultural y simbólico (Fernández Molina, 2005, pp. 167-185).

Siderurgia en el Reino de Guatemala: Metapas de San Salvador

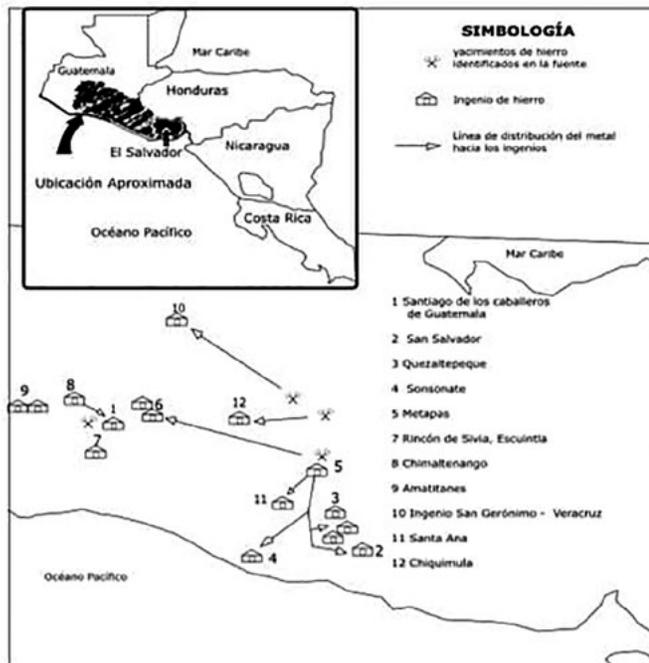
En los confines más remotos del Reino de Guatemala, precisamente en la porción oriental del territorio, se ubicó una de las regiones más

fructíferas, caracterizada por una amplia palestra de recursos naturales que propiciaban la implementación y el desarrollo de prácticas, tanto cotidianas como de uso especial. En el siglo XVIII, fue reconocida bajo el título de «Metapas del Hierro», cuya ubicación correspondía a la Intendencia de San Salvador; histórica región productora de los distinguidos metales plebeyos, principalmente el «metal de la tierra» (Fernández Molina, 2005).

Su destacable entorno natural atrajo a peninsulares y europeos que buscaban posicionarse dentro de la estructura política, social y económica de la Nueva España, tras la explotación férrica. Metapas formó parte de los tantos afloramientos férricos en América Central (Ver figura 2), lo cual permitió su reconocimiento en el naciente monopolio centroamericano, impulsado por aquella dinámica agroexportadora en la región (Fernández Molina, 2005).

Figura 2

Gráfica sobre la ubicación geográfica de 3 minas y 12 ingenios de hierro ubicados en la zona oriental en el territorio del Reino de Guatemala



Nota. Adaptado de Mercado, empresarios y trabajo. La siderurgia en el Reino de Guatemala, por J. A. Fernández, 2005.

Construyendo identidades desde la materialidad y la cotidianidad:
un acercamiento a la producción férrica en Metapán, Santa Ana, El Salvador.

En un principio, las primeras técnicas de explotación aplicadas a la minería local, demandaron una alta cantidad de material orgánico, como: madera para suplir la necesidad de carbón vegetal y afluentes que propiciaran la obtención de energía hidráulica, lo cual resultó ser favorable en este inhóspito y poco depredado ambiente. La fructífera región de Metapas, favoreció la recolección de leña, obtenida de aquellos árboles en ambientes o nichos ecológicos, por lo que estos eran cortados «[...] y eran rodados para preparar el carbón, tarea que estaba a cargo de carboneros indígenas» (Castellanos de Rodríguez, 1995, p. 330).

Es fundamental comprender que la explotación del hierro condujo a requerimientos significativos; ubicación estratégica y relativamente lejana, de los ingenios de hierro, y fundamentalmente en la inflación capital, implícita en la explotación comercial a nivel regional (Castellanos de Rodríguez, 1995).

Existieron diversas razones por las que el costo del hierro podía elevarse constantemente y percibir una inflación irregular. Una de ellas, se debe a la difícil y costosa labor al momento de obtener la madera, además la falta de mano de obra especializada, principalmente para el siglo XVI y XVII, cuando se trató de indígenas esclavos o de repartimiento, mientras que para el siglo XVIII, se concibe mayor conocimiento por parte de mulatos y mestizos, bajo una determinada remuneración o por un mismo contrato (Castellanos de Rodríguez, 1995).

La movilidad desempeñó un papel protagónico en la actividad minera y subsecuentemente, en su valor regional e internacional, debido a la lejanía de los ingenios y el alza de los costos, propiciados por el transporte de cargamentos de carbón y leña para la ejecución de la actividad, y el transporte de hierro en ultramar, el cual era movilizado del puerto a la ciudad, ya que permitía una mayor factibilidad, envés de llevar el material refogado previamente al ingenio (Castellanos de Rodríguez, 1995).

Metapán se encuentra ubicado en el departamento de Santa Ana, en la porción occidental de la región salvadoreña. Colindando al noroeste con la República de Guatemala y noreste con Honduras. Su cabecera municipal, se aloja a en el área central de la municipalidad, a una altura de aproximadamente 470.0 metros sobre el nivel del mar, la cual corresponde a las siguientes coordenadas geográficas: 14°19'34.04" N y 89°27'01.97" O (Ver figura 3)

Figura 3

Ubicación geográfica del Municipio de Metapán, ubicado en el departamento de Santa Ana, El Salvador



Nota. Coordenadas geográficas: 14°19'20.00" N 89°26'12.77", Adaptado de <https://www.mapasparacolorear.com/el-salvador/mapa-el-salvador.php> y editada por José Leonardo Regalado y José Orión Castellón Frech, 2021.

Metapán destaca por su riqueza natural, con un entorno ampliamente cubierto por un frondoso follaje y diversificada flora. Además de su variado entorno natural también destaca la altura de su orografía, la cual dispone de 470.0 msnm en su cabecera, hasta los 2,418 msnm (Pasasin Argueta, 2017).

Está rodeado de cuerpos de agua y arroyos de gran magnitud. El recurso acuífero resultó ser indispensable para la ejecución de labores cotidianas en la región, las cuales en diversos periodos han ocupado un papel preponderante. Afluentes como la laguna de Metapán y el lago de Güija, además de los afluentes del río Lempa, Guajoyo, Angue, San José, Chimalapa, (el cual desemboca en la misma Laguna de Metapán), Ostúa y Tahuilapa, con sus afluentes El Rosario y San Miguel (Pasasin Argueta, 2017).

La diversificada y abundante vegetación ha propiciado la existencia de muchas de las industrias locales en la región centroamericana, desde sus inicios con la explotación del xiquilite, hierro, azúcar y café, hasta la producción de cemento y cal (CESSA, 2002).

Uno de los recursos más destacables fue su histórica producción minera. La minería metapaneca resultó estar configurada por técnicas y métodos primitivos. Su explotación demostró ser ostentosa y relativamente sencilla,

Construyendo identidades desde la materialidad y la cotidianidad:
un acercamiento a la producción férrica en Metapán, Santa Ana, El Salvador.

ya que la recolección del mineral era ejecutada de manera superficial, o a profundidades muy leves (Castellanos de Rodríguez, 1995).

Según Castellanos (1995), la indumentaria estaba conformada por herramientas básicas, como almádanas de hierro con un cabo de madera para agotar los núcleos líticos. Para obtener mayores cantidades de mineral, elaboraban minas abiertas haciendo uso de barras de hierro (Castellanos de Rodríguez, 1995).

En primera instancia, es preciso considerar razones concretas de su elevado precio, tanto por la ardua explotación de recursos naturales, enfrentándose a una constante e intensificada producción, y, de manera subsecuente, la demandante mano de obra (Fernández Molina, 2005).

Esencialmente la exigencia de madera para una frecuente producción se trató de una actividad de sumo riesgo y dificultad ante la época de invierno tropical, y a su vez, complicaba el trabajo en la concavidad a cielo abierto, por lo que fue necesaria la elaboración de desagües (Fernández Molina, 2005).

El mineral obtenido era reducido a pequeños pedruscos utilizando almádanas, para luego pasar por un proceso llamado «refogado». El refogado, consistía en la elaboración de un agujero de forma esférica y de superficie cóncava en el suelo. Consecutivamente, en la superficie de este mismo agujero, se elaboraban moldes, los cuales desempeñaban la función de dividir el material semi-procesado. Erquicia Cruz (2013), menciona que, esta concavidad era llenada con capas superpuestas de leña hasta el borde del agujero y en el centro se dejaba un hueco, el cual permitía encender el fuego.

Castellanos (1995), menciona acerca de este mecanismo: «[...] Si el terreno lo permitía se hacían los hoyos cerca de una barranca, y se abría un túnel horizontal para efecto de ventilación y que el aire actuara como fuelle a fin de avivar el fuego [...]», y así posteriormente, el material era colocado sobre la leña (Castellanos, 1995, p. 330).

Fernández (2005), señala que el «refogar», (popularmente reconocido en Centroamérica del siglo XVIII), permitía que el mineral en bruto perdiera la cantidad suficiente de agua y material orgánico. Luego, este mismo era llevado al ingenio, en donde se ejecutaba el resto del proceso de fundición y forja (Fernández Molina, 2005).

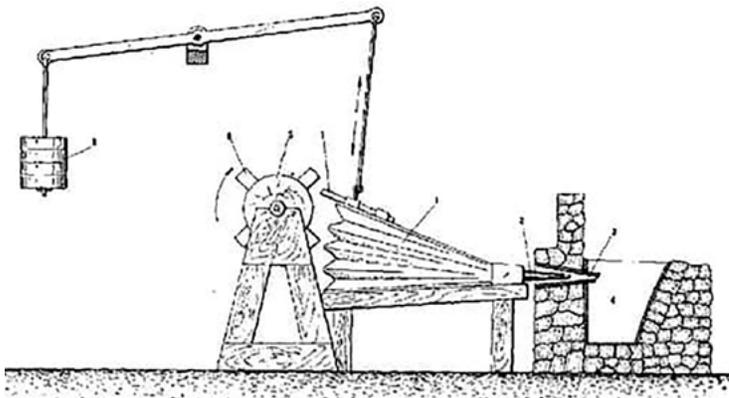
Estos hornos estaban conformados por muros de una vara (0.83 cm) de alto por una vara (0.83 cm) de circunferencia. Al interior se elaboraba una concavidad de un tercio de vara, lo cual permitía la concentración del metal fundido. Estos hornos poseían una abertura o boca para extraer la escoria. Un elemento fundamental era una abertura tubular a un costado, donde se alojaba el «alcherebiz» o «alquiribuz», esta permitía el ingreso de la corriente de aire provocada por «barquines» o «fuelles» los cuales por medio de combustión abastecían la fragua u horno dentro de la ferrería, accionado por una noria que producía energía hidráulica. Este último proceso era conocido en Centroamérica como «soplo», el cual permitía la propagación de calor por medio del aire, y tras el abastecimiento de oxígeno, la posterior combustión (Fernández Molina, 2005).

Según Fernández (2005), dentro del horno se colocaban de manera superpuesta, capas alternas de carbón vegetal y mineral férrico. El mineral era colocado al interior y recargado en una pared opuesta a la ubicación del «alquiribuz», con el propósito de evitar algún tipo de bloqueo en el acceso del aire. El proceso de fundición mediante la constante interacción del fuego, el aire y el material expuesto, a unas temperaturas que oscilaban entre los 960, 1063 y 1540° C, en una concavidad de un tercio de vara, ubicado en la parte interna del horno (Ver figura 4) (Fernández Molina, 2005).

Figura 4

Sistema operacional del fuelle dentro del horno en la ferrería.

De derecha a izquierda: vista directa de boquilla en horno

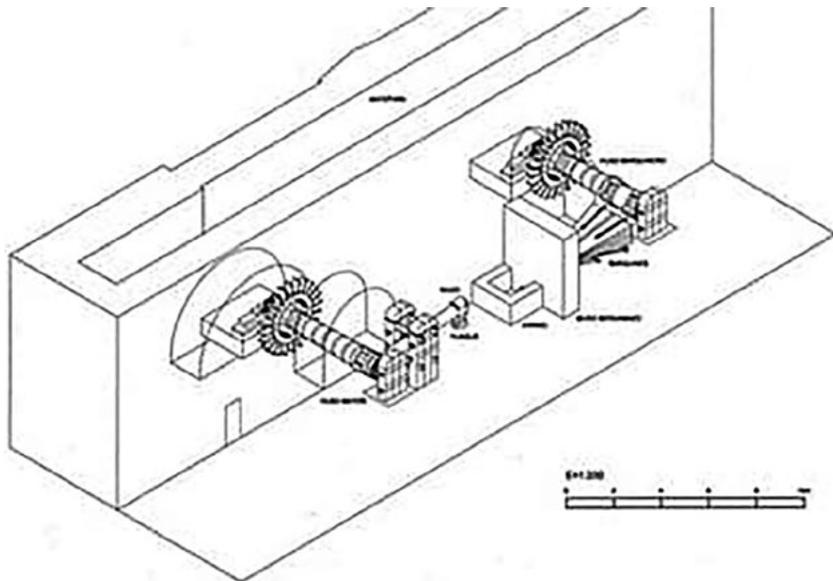


Nota. Ilustración posterior: vista panorámica del mecanismo completo en conjunto con el eje principal, fuelle o alquiribuz. Adaptado de: <https://www.leitzaran.net/ferrerias/hidraulica.html>.

Posteriormente, se procedía a cortarlo y caldearlo. Para este último paso, se hacía uso de un «martinete», el cual era impulsado por una segunda noria, obteniendo energía hidráulica que permitiese su debido movimiento y ejecutar la forja tras una percusión directa, adjunto a un yunque (Ver figura 5). Luego se sometía a un proceso de reducción, para el cual se requería de un nuevo soplo para solidificar el hierro y obtener una mayor maleabilidad, utilizando un molde de hierro agujerado, también llamado «greda», reduciéndolo a manera de «hilo», o metal fundido (Castellanos de Rodríguez, 1995).

Figura 5

Sistema operativo de las ferrerías a base de energía hidráulica. De izquierda a derecha: sistema operativo de martinete con su respectiva noria y eje principal



Nota. Ilustración posterior, horno adjunto al fuelle y su respectivo sistema operativo. Adaptado de: <https://www.leitzaran.net/ferrerias/hidraulica.html>

Existió un personaje muy influyente para la implantación de la práctica en el histórico Reino de Guatemala, específicamente en la histórica Metapas durante el siglo XVII, don Marcelo Flores de Mogollón; descendiente de una familia de hidalgos vecinos de la región de Sevilla, con un padre escribano del mismo Tribunal de la Santa Inquisición (Fernández Molina, 2005).

Durante el año de 1683, Mogollón obtuvo una Real Cédula para la Casa de Contratación de Sevilla, la cual le permitía pasar por Santiago de los

Caballeros (la entonces Ciudad de Guatemala), ya que su esposa Francisca Godoy y Guzmán, era natural de dicha ciudad (Fernández Molina, 2005).

Para mediados de la segunda mitad del siglo XVII, don Marcelo Flores de Mogollón estaba a cargo del Real de Minas de Nueva Zaragoza, región cercana a Ocotepeque, bajo el título de «Alcalde Mayor». De esta manera, es como se involucró en el ambiente de la minería centroamericana durante la época colonial (Fernández Molina, 2005).

No obstante, el aspecto primordial de Flores de Mogollón, fue su particular interés por los yacimientos de plata en la porción noroccidental del actual territorio salvadoreño. Para Fernández (2005), su destacable reconocimiento por riquezas minerales, es fomentado desde periodos muy tempranos, uno de ellos es detallado de la siguiente manera:

En mayo de 1544 Cristóbal Lobo se obligó a «cavar y ahondar» hasta dos «estados» de profundidad, unos 250 pasos, en dos minas de plata que tenía Diego Sánchez en jurisdicción del pueblo de Metapas. A cambio de cumplir con lo prometido en el término de cuatro meses, Lobo recibiría la mitad del metal extraído una vez completado el trabajo. Sánchez tenía otros mineros vecinos, lo que demuestra que desde las primeras generaciones de conquistadores se exploraron las riquezas minerales de la región (Fernández Molina, 2005, p. 64).

Su interés rindió frutos tras el hallazgo de una veta de liga plomosa en el Cerro Tecomapa, ubicado específicamente a dos leguas de los pueblos San Pedro y Santiago de Metapas. Dicho hallazgo es reconocido mediante una Real Provisión por parte de la Audiencia el 11 de noviembre en 1695, otorgada a Marcelo Flores de Mogollón. En esta misma, se le concedió la posesión del río Amayo y los nichos ecológicos que se encontraban en las áreas circundantes, con el fin de obtener la madera dentro de la zona, señalando «Metapas, jurisdicción de Santa Ana, Alcaldía Mayor de San Salvador, continuaba siendo un distrito minero, aunque no se pudo localizar ninguna información sobre su evolución» (Fernández Molina, 2005, p. 64).

Uno de los datos más relevantes de este registro, se trata de la posesión de recursos, a beneficio propio, para el funcionamiento de la nueva mina «La Concepción». Dos años después, en 1697 reportó a tres leguas de la mina «La Concepción», una veta más de plomo, la cual estaba «encajonada

en antimonio». Dicha mina, recibió en nombre de «La Calera», cuyo derecho fue complementado a inicios del siglo XVIII, específicamente en 1714, tras la compra de «[...] cuatro caballerías y doce cuerdas de tierra alrededor de la misma [...]» (Fernández Molina, 2005, p. 64).

El interés de Marcelo Flores de Mogollón por las minas de plomo, es atribuido a su requerimiento en la importante actividad argentífera, ya que la incorporación de plomo era fundamental para el proceso químico de amalgamación de la plata, labor con la cual Mogollón estuvo muy familiarizado, debido a su función en el Real de Minas de Nueva Zaragoza; sin embargo, pese a su interés por el plomo, su explotación se vio enfocada en el hierro, de tal manera que para 1712 estaba muy bien posicionado en la actividad siderúrgica (Fernández Molina, 2005).

Tal argumento es basado en la posesión de las minas anteriormente mencionadas, y a su vez, la mina «La Calera», ubicada en Santa Ana, y otra de la cual no se dispone de un dato preciso del registro, únicamente su localización en «[...] Alotepeque, jurisdicción de Chiquimula de la Sierra» fueron parte de una compañía formada en conjunto con «[...] don Marcos Dávalos (o de Ávalos) y don Esteban Lanz [...]». No obstante, tuvo una existencia muy efímera, ya que posterior a su fundación, duró únicamente cinco años (Fernández Molina, 2005, p. 65).

Don Esteban Lanz, es otro de los grandes influyentes de la instauración siderúrgica en Metapas, ya que, posterior a 1715 descubrió la mina «San Juan Bautista», ubicada en el cerro Tapado en Metapas, en conjunto con el regidor perpetuo de la entonces Ciudad de Guatemala (Santiago de los Caballeros), el capitán Pedro Severino López de Estrada, quien además poseía plantaciones de xiquilite y un mismo obraje de añil. En el mismo, están involucrados Juan de Molina y don Domingo de Vidaburú, para fundar el «Ingenio Nuevo». Este último personaje desempeñó un papel fundamental, ya que fue asignado como asesor principal, debido a ser el «único maestro inteligente en fabricar ingenios y minería de fierro en el Reino de Guatemala» (Fernández Molina, 2005, p. 66).

Un suceso fundamental en el desarrollo, y paulatino ascenso, de la siderurgia metapaneca ocurre el 13 de marzo de 1714; sin embargo, no es hasta un decenio después, durante 1724 cuando logra concretarse. Dicho suceso, refiere a don Marcelo Flores de Mogollón y a su yerno Carlos Sunsín de Herrera, quienes:

[...] enviaron una carta al rey comunicándole que Mogollón había descubierto en San Salvador y Chiquimula «unos minerales de hierro, acero, oro y plata» en un área que medía 60 leguas de norte a sur y doce de oriente a poniente, los cuales podían rendir más del 50 por ciento y que de hierro se habían sacado más de 50 quintales de buena calidad. (Fernández Molina, 2005, p. 67).

Por ende, «[...] indicaban que no podían proseguir sus labores por falta de medios, por lo que solicitan el patronato real». En respuesta a ello, el día 5 de abril de 1715 en una Real Cédula, la cual fue obedecida en 1716 en Guatemala, se le ordenaba a la Audiencia, que dicha petición fuera elevada al Consejo de Indias, con el propósito de que los Alcaldes Mayores de San Salvador y Chiquimula, ejecutaran el reconocimiento de dichas minas de hierro. No obstante, se intuye que ambos personajes no recibieron respuesta alguna (Fernández Molina, 2005, p. 67).

Posterior al fallecimiento de Flores de Mogollón, su yerno Sunsín de Herrera, continuó el proceso y en 1724 solicitó «[...] se informara al rey sobre los descubrimientos de su suegro, aparentemente ya fallecido» (Fernández Molina, 2005, p. 68). El 4 de junio del mismo año, el tribunal realiza su aprobación, descrita de la siguiente manera:

No omita esta Audiencia poner en al Real notisia de Vuestra Magestad la gran utilidad cierta que ofrece el beneficio y trabajo de los minerales de hierro y azero que descubrió en este Reyno el Capitán don Marcelo Flores de Mogollón en el pueblo de las Metapas, jurisdicción de San Salvador, que corren salteadas muchas leguas extendiéndose por el partido de Chiquimula de la Sierra hasta el Golfo, que es tanto [sic] que sólo este descubrimiento vasta para mexorar y remediar este Reyno que se halla muy atrasado y pobre no por falta de frutos, que estos los tiene abundantes, sí por falta de comersio y saca de ellos, ni por falta de minerales de oro, plata, hierro, etc., sí por falta de los medios y operarios inteligentes y falta de ánimos; y que aplicando Vuestra Magestad las providencias necesarias se conseguirá el fin deseado de mejorar este Reyno, poniéndose por execución algunos ingenios en buen corriente para sacar por maior porsiones considerables, enviando Vuestra Magestad los operarios que se piden para la saca de dicho hierro, herrándose (sic) [en] muchas fundisiones con muy cortos medios y falta de

operarios; así podrá Vuestra Magestad siendo muy servido dar las providencias que tuviese por convenientes para el progreso de dichos minerales y las que fuesen de su real agrado (Fernández Molina, 2005, p. 68).

Es preciso argüir en los resultados que conllevó dicho reconocimiento, ya que la Corona Española permitiría la producción de hierro en una de las regiones periféricas, pero siempre se mantendría al margen de la elevada y provechosa producción metropolitana. Para 1720 no se evidencia algún tipo de incidencia en la introducción de hierro en la Ciudad de Guatemala por parte de Mogollón y Sunsín de Herrera, pero si se destaca la leve pero significativa incorporación de don Esteban Lanz, además de otros productores, tanto locales como extranjeros (Fernández Molina, 2005).

A pesar de ello, un aspecto a resaltar en tal petición (además de no obtener lo deseado), su intento le brindó el reconocimiento de ser uno de los mayores influyentes en la explotación de hierro metapaneco. Su protagonismo permite definirlo como el «descubridor»; asimismo, se le atribuye un reconocimiento mayor debido al principal aporte en la proliferación de mina en Metapas del Fierro, ya que, a partir de ello, se percibe un afloramiento de minas e ingenios en la región, por medio de «operarios especializados» (Fernández Molina, 2005, p. 69).

La actividad minera nunca demostró ser de las labores con mayor remuneración, a pesar de su arduo y relativamente fructífero resultado en determinadas épocas del año, por lo que, no siempre fue acogida como la más justa dentro del marco Colonial. A inicios del segundo decenio del siglo XVIII, precisamente en 1722 Fray Fráncico Ximénez, en su *Historia Natural del Reino de Guatemala*, menciona en su visita al pueblo de Sacapulas:

En aquesta Provincia de Guatemala hacia el Pueblo de Mita las hay abundantísimas [minas de hierro]. Y aplicados a sacarlos algunos, les ha sucedido lo que a todos los mineros, topar con embusteros que les hacen gastar innutidamente sus caudales, y así les ha sucedido a estos, de modo [que] aunque se saca algún fierro, no pueden todavía resarcir lo mucho que les ha costado (Fernández Molina, 2005, p. 69).

Los dos primeros decenios del siglo XVIII fueron circunstanciales para la práctica siderúrgica en Metapas. Es así, como a partir de ello se instaura el naciente monopolio del hierro; sin embargo, claramente se encontraba en

un prístino y paulatino ascenso, ya que para 1730, según Fernández (2005), los oficiales de la Real Hacienda, manifiestan la ejecución de edificaciones denominadas «ingenios de fabricar hierro» en distintas jurisdicciones del Reyno de Guatemala, los cuales evadían el pago del quinto, correspondientes al rey, por ende, «[...] solicitaron las autoridades de Santa Ana, Metapás, Chiquimula, Verapaz y el Valle de Guatemala recibieran declaración jurada de lo producido» (Fernández Molina, 2005, p. 71).

Para el año de 1730, un censo indica la existencia de tres ingenios en el actual territorio salvadoreño. Dos de ellos correspondían a Metapán, cuyos dueños eran Juan de Medina y Julián Izquierdo, y uno de ellos en Sonsonate, correspondiente a Enrique de Sessi y Julbi. Estos dos últimos personajes, desempeñaron un papel fundamental, debido a su significativo reconocimiento en la incorporación de la élite Colonial del Histórico Reino de Guatemala a principios del siglo XVIII (Fernández Molina, 2005).

En un informe que data para el mismo año, Julián Izquierdo manifiesta de la siguiente manera, la ardua y demandante labor minera:

[...] las exorbitantes costas, gastos y desperdicios que tiene en estos parajes causa [sic] el beneficio del hierro comparado con los otros metales ricos... así por lo costoso de sus oficinas y aperos como por los crecidos y anticipados desembolsos que causan los fletes y conducción de los metales y carbones (Fernández Molina, 2005, p. 74).

La exigencia de mano de obra especializada nunca fue abolida, ya que la región carecía de ello. Predominantemente, la mano de obra estaba conformada por mulatos; sin embargo, no dejó de estar presente la demanda de fuerza laboral indígena por repartimiento, a cambio de una remuneración muy baja. Referente a ello, Izquierdo continúa y menciona: «[...] insuperables desperdicios y mermas que trae el manejarse esta nueva fábrica con jente tan inexperta y mala fe por la total inopia de maestros y operarios inteligentes» (Fernández Molina, 2005, pp. 74-75).

A inicios del tercer decenio del siglo XVIII, Enrique Sessi y Julbi, fue otro de los mayores influyentes en el reconocimiento siderúrgico del actual territorio salvadoreño. Durante el año de 1732, ejecutó la cancelación de diez años por adelantado del quinto al diezmo, debido al funcionamiento de un ingenio de hierro ubicado en Sonsonate (Fernández Molina, 2005).

El censo realizado durante el tercer decenio del siglo XVIII, refleja la existencia de 3 ingenios correspondientes a la Alcaldía Mayor de San Salvador. En contraste a ello, un censo de 1746 refleja una ascendente continuidad. Expuestos a los arrendamientos, muchos de los ingenios permitieron que su prolongada actividad enriqueciera la persistencia de la actividad laboral. Uno de ellos, es el Ingenio de Atapasco, ubicado en Quetzaltepeque, cuyo ingenio estaba bajo el poder eclesiástico de la Orden de los Dominicos (Erquicia Cruz, J. H., 2013; Fernández, 2005).

Según Fernández (2005), el censo de 1746 evidencia ser muy escueto, ya que muchos de ellos ejecutaban sus labores una vez al año. A pesar de ello, muchos de los sub-arrendatarios llegaron a superar los índices o parámetros de mineral explotado, anteriormente ejecutado por el mismo propietario del ingenio. Para dicho periodo, fueron identificados un total de 6 ingenios, algunos de ellos ubicados en San Salvador, otros en Quesaltepeque (Quetzaltepeque), Sonsonate y Santa Ana (Fernández Molina, 2005).

La práctica siderúrgica, no solamente conllevó a la explotación de recursos naturales a favor de un abastecimiento de materia prima, sino además a una reconfiguración sociodemográfica, la cual permitió la incorporación de mestizos y mulatos, manteniendo una permanencia en la segmentación social, con relación a los poblados indígenas que predominaban en sus respectivas regiones. Por ende, las prácticas laborales como la minería y la actividad siderúrgica, son fundamentales para identificar aquellos factores medulares que favorecieron la multiculturalidad de la Nueva España (Fernández Molina, 2005).

Para el siglo XVIII, el sector minero y siderúrgico, esencialmente dependía del financiamiento de todas aquellas actividades agropecuarias, las cuales permitían la obtención y consumo de insumos férricos, por ende, devino el ascenso de la práctica siderúrgica en la Nueva España, tanto por la producción y tratamiento del xiquilite, como la aplicabilidad de herramientas para la explotación azucarera y la demanda de hierro en los astilleros o nacientes edificaciones (Fernández Molina, 2005).

El suplir cada una de las necesidades que demandaba la práctica, justifica la ubicación estratégica de cada uno de los yacimientos, con relación a los ingenios, habiendo así, un total de 4 yacimientos y 12 áreas específicas destinadas a la explotación férrica en el Reino de Guatemala durante la primera mitad del siglo XVIII (Fernández Molina, 2005).

La siderurgia generó un impacto significativo, ya que, durante este mismo periodo y la segunda mitad del siglo XVIII, demográficamente contribuyó a la propagación de los pobladores llamadas «mulatos», quienes se destacaron notoriamente, por lo que, la mano de obra indígena y esclava, pasó generar una menor demanda. La popularidad de la actividad minera en Metapán, permitió reemplazar el término «Hierro de la Tierra», acuñando así «Hierro de Metapas» (Fernández, 2005; Cruz, 2014.).

Para el año de 1740, los ingenios de hierro correspondientes a San Juan Opico, San Salvador, Santa Ana y San José Quezaltepeque, eran abastecidos por dos minas ubicadas en la región de Metapas. Dicho argumento es sostenido por el alcalde mayor Gálvez Corral. El hierro metapaneco adoptó un mayor protagonismo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando durante la última década de 1760, se debate la competencia del comercio ultramarino, debido a la diferencia en los costos del transporte (Fernández Molina, 2005).

Fernández (1996), define que, una de las mayores dificultades en el comercio del hierro para finales del siglo XVII, se debió a la esporádica relación existente entre Metapas y la metrópoli. No obstante, el panorama se diversificó para la primera mitad del siglo XVIII, debido a la introducción de técnicas de explotación por parte de peninsulares, logrando así una expansión tan amplia y diversificada que se extendía desde las alcaldías mayores de San Salvador y Sonsonate, hasta el Altiplano de Guatemala (Fernández Molina, 1996).

Tomando en cuenta los costos de extracción, tratamiento, producción y movilidad, para la segunda mitad del siglo XVIII, se procedió a modificar el método de obtención, pero no la técnica, con el propósito de ejecutar una producción mucho más económica y eficaz, conservando el proceso original. La compra de carbón y el mineral férrico ya refogado, para ser tratado en los ingenios, se convirtió en un método mucho más favorable (Fernández Molina, 1996).

Es así como para el séptimo decenio del siglo XVIII, tras la ejecución de la construcción de Nueva Guatemala de Asunción, la explotación de hierro en Metapas percibe una ascendente y significativa producción, tras el afloramiento de diversos ingenios, tanto de propietarios locales, como foráneos, quienes se acomodaron muy bien en la elite regional, debido a la efervescente economía del naciente monopolio del Reyno de Guatemala y la Nueva España (Fernández, 2005; Cruz, 2014).

Conclusiones

Luego de haber ejecutado un esbozo teórico e histórico, relacionado con la dinámica productiva y sociocultural de la práctica siderúrgica en el actual territorio de Metapán, se comprobó el protagonismo del hierro como un elemento fundamental para la construcción de una identidad histórica, relacionado con el proceso de mestizaje dentro de la región, a través de procesos políticos, económicos y sociales, implícitos en su estructura.

La incorporación de una serie de prácticas relacionadas con las técnicas y el conocimiento estrictamente occidental, fomentaron la imposición de nuevos hábitos en pro a la cimentación de una nascente sociedad, cuya identidad estaría construida a partir de una cotidianidad.

Por otra parte, es preciso considerar que las ferrerías o ingenios de hierro desempeñaron un papel fundamental en el proceso previo y posterior a la industrialización en el histórico Reino de Guatemala, permitiendo así una focalización de la práctica debido al aprovechamiento de recursos en áreas específicas como Metapas del Fierro.

De igual manera, es importante considerar los diversos postulados entorno a la cotidianidad, ya que, por medio de ella se desarrolla un marco general que corresponde a la adopción y subsecuente práctica de hábitos que reflejan una transculturación cognitiva entre lo europeo e indígena durante el siglo XVI, XVII y XVIII.

La historiografía permite indagar en sucesos circunstanciales para comprensión de reformas estructurales, conllevadas por sucesos como la Conquista Europea, la concepción del Nuevo Mundo, el período Colonial, entre otros sucesos, cuya connotación se encuentra implícita en un sincretismo cultural, manifestado en diversos elementos fundamentales para la cimentación de una nascente sociedad centroamericana, siendo el hierro y los ingenios, vistos desde la materialidad como un aspecto fundamental para la conjugación de prácticas que fomentaron el intercambio dialéctico.

La connotación simbólica que persiste en la actualidad en una diversidad de elementos dentro del pueblo de Metapán, llevan implícitas características relacionadas con un pasado histórico de suma turbulencia social y diversidad cultural, manifestada en aspectos como monumentos conmemorativos de gran envergadura, alusivos a la consolidación identitaria, muy relacionados

con el período de apogeo de la producción siderúrgica local, dentro de los cuales se destaca la rebelión pre independentista de 1811 (Ver figura 6), la Constitución de Cádiz de 1812 (Ver figura 7), su reconocimiento como ciudad durante 1862 y la presencia de la Campana del Socorro de 1810 (Ver figura 8), ubicada en la Iglesia de San Pedro Apóstol, Metapán, cuya edificación corresponde a 1743 (Ver figura 9).

Figura 6

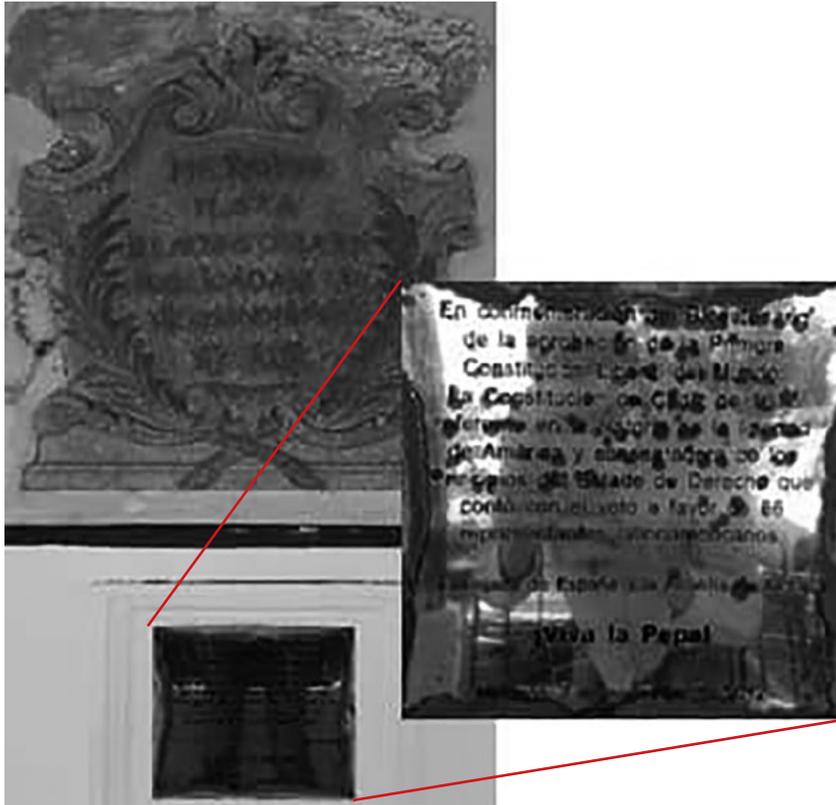
Monumento en la plaza de la Constitución, en el pueblo de San Pedro Metapán



Nota. Placa conmemorativa a la insurrección de 1811.

Figura 7

Placa conmemorativa de la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812



Nota. Esta placa se encuentra frente a la fachada de la Alcaldía Municipal de San Pedro Metapán, Santa Ana, El Salvador.

Figura 8

Campana del Socorro



Nota. Ubicada en la iglesia de San Pedro Apóstol, Metapán, Santa Ana, El Salvador. Adaptado de *El Salvador. Nacimiento de un Estado*, por Banco Agrícola, 2020. Fotografía por Nelson Crisóstomo.

Construyendo identidades desde la materialidad y la cotidianidad: un acercamiento a la producción férrica en Metapán, Santa Ana, El Salvador.

Figura 9

Fachada de la iglesia de San Pedro de Metapán



Nota. La fachada cuenta con una placa donde se especifica la fecha de edificación y última intervención, además se destaca la declaratoria como “Bien Cultural Protegido”.

La cultura material del hierro procedente de los ingenios de hierro metapaneco, permitió establecer una construcción identitaria muy sólida a nivel histórico. No obstante, a pesar de su probable ausencia o desconocimiento local por parte de nuevas generaciones, los antiguos ingenios de hierro permiten formar parte de una ventana hacia el glorioso pasado histórico de Metapas del Fierro.

La cotidianidad, es una de las características que perfila no solamente a individuos particulares, sino más bien a conglomerados que se ven fuertemente arraigados por un histórico pasado común, que a su vez remite a una memoria, implícita en una identidad.

Referencias

- Acuto F. y Salvi, V. F. (2005). Introducción. Arqueología y mundo material. *Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. pp. 9-34. https://www.academia.edu/15250418/Introducci%C3%B3n_Arqueolog%C3%ADa_y_mundo_material
- Barba, A. A. (1940). *El Arte de los metales*. https://books.google.com.sv/books?id=XVL-Wv6NvIUC&printsec=frontcover&dq=el+arte+de+los+metales+alvaro+alonso+barba&hl=es-419&sa=X&redir_esc=y#v=onepage&q=el%20arte%20de%20los%20metales%20alvaro%20alonso%20barba&f=false
- Castellanos de Rodríguez, M. L. (1995). La minería. *Historia General de Guatemala. Tomo III, Siglo XVIII hasta la Independencia*. (pp. 323-334). Asociación Amigos del País y Fundación para la Cultura y el Desarrollo.
- CESSA. (2002). *Metapán. Su historia. Sus hombres*. Cemento de El Salvador, S.A. de C.V.
- Cardona Machado, H. (diciembre, 2016). De la materialidad del pasado a la legitimación del presente: arqueología y patrimonio. *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, 37(148), pp.41-61. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielophp?script=sci_arttext&pid=S0185-39292016000400041
- Erquicia Cruz, J. H. (2011). El hierro de la tierra del Reino de Guatemala: Los ingenios de hierro en El Salvador. Un acercamiento desde la arqueología histórica. *La Universidad*, (14), pp. 283-303. Recuperado de: <https://revistas.ues.edu.sv/index.php/launiversidad/article/view/200/245>
- Erquicia Cruz, J. H. (julio, 2013). Ingenios hidráulicos para procesar hierro en el Reyno de Goathemala: Metapán del hierro. Un acercamiento desde la arqueología y la historia. *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, (13), pp. 177-188. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4603747>
- Fernández Molina, J. A. (1996). *El Salvador. La huella colonial*. Banco Agrícola Comercial de El Salvador.
- Fernández Molina, J. A. (2005). *Mercado, empresarios y trabajo. La siderurgia en el reino de Guatemala*. Dirección de Publicaciones e Impresos.
- Goffman, E. (1959). *La representación de la persona en la vida cotidiana* <http://mastor.cl/blog/wp-content/uploads/2015/08/Goffman-E.-La-representacion-de-la-persona-en-la-vida-cotidiana.-1-47.pdf>
- Gonzalbo Aizpuru, P. (2006). *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. El Colegio de México.

- Gonzalbo Aizpuru, P. (2009). *Vivir en nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*. El Colegio de México.
- Heller, A. (1970). *Sociología de la cotidianidad*. Akadémiai Kiadó de Budapest.
- Medina, C. Intrahistoria, cotidianidad y localidad. *Atenea*, 500, pp. 123-139. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622009000200009>
- Pasasin Argueta, I. V. (2017). *Economía e industria del hierro en Metapán, El Salvador (siglos XVIII - XIX): Un análisis desde la arqueología histórica*. (Tesis de pregrado). Universidad Tecnológica de El Salvador.
- Puyana y Barreto, Y. (1994). La historia de vida: Recurso en la investigación cualitativa. Reflexiones metodológicas. *Maguare*, (10), pp. 185-196. <https://revistasunal.edu.co/index.php/maguare/article/view/185-196>
- González Ruibal, A. y Ayán Vila, x. (2018). *Arqueología: Una introducción a la materialidad del pasado*. Editorial Alianza. Recuperado de https://www.academia.edu/37462867/Arqueolog%C3%ADa_Una_introducci%C3%B3n_al_estudio_de_la_materialidad_del_pasado
- Santos Herceg, J. (julio, 2014). *Cotidianidad. Trazos para una conceptualización filosófica*. *Alpha*, (38), pp. 173- 196. Recuperado de https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0718-22012014000100012&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Sevillano Perea, L. A. (2013). Paisaje y materialidad. Lo Cotidiano en las sociedades agrarias preindustriales. *Temas y Perspectivas de la historia*, 3, pp. 773-796. Recuperado de <https://digital.csic.es/bitstream/10261/139564/1/PAISAJEMATERIAL.pdf>
- Trejo Rivera, F. (2019). El historiador bajo el agua. La arqueología marina como fuente para la historia de la vida cotidiana. En P. G. Aizpuru, *La historia y lo cotidiano*, pp. 46- 65. Recuperado de https://www.academia.edu/40621754/El_historiador_bajo_el_agua_La_arqueolog%C3%ADa_marina_como_fuente_para_la_historia_de_la_vida_cotidiana
- Uscatescu Barrón, J. (enero, 2001). Cotidianidad. *Revista de filosofía*, (3), pp. 211–223. doi: <https://doi.org/10.5944/rif.3.2001.5426>
- Vaquer, J. M. (marzo, 2012). Apuntes para una semiótica de la materialidad. *Comechingonia. Revista de Arqueología*. (16), pp. 13-29. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/comechingonia/article/view/17959>
- Wolf, M. (1979). *Sociología de la vida cotidiana*. Recuperado de <https://catedraepistemologia.files.wordpress.com/2017/09/235860157-wolf-mauro-sociologias-de-la-vida-cotidiana.pdf>